

La educación, el trabajo, la cultura, los sistemas de salud, las instituciones y el gobierno del Estado recibieron en estos meses el enorme impacto del COVID-19; un vastísimo conjunto de prácticas, del comercio a la acción política, de la producción, circulación y consumo de bienes a los nombres y actividades que se reconocieron esenciales, todos los hechos y objetos de la vida en común estuvieron y están afectados. Muy tempranamente, desde los meses de febrero y marzo del año 2020, se conoció una multiplicidad de lecturas y debates acerca de las causas, de las implicancias culturales e histórico-políticas, y aun del porvenir que abría la pandemia. Hemos leído conjeturas e hipótesis que, en sentido amplio, señalaron en la crisis la generalización de técnicas de control biopolítico, de figuras totalitarias de Estado de excepción, o quisieron ver la oportunidad histórica de una salida emancipatoria, anticapitalista, de un posible reordenamiento social que, ante la evidencia de las desigualdades, promoviera desde el Estado programas de redistribución radical de la riqueza; se han construido visiones de futuro ominoso, de colapso civilizatorio, o de expectativas de racionalidad y equilibrio entre la economía, los modos de producción, las relaciones humanas y el impostergable cuidado de los recursos naturales. Se modificaron hábitos y procedimientos, se impusieron en el uso corriente lenguajes específicos de la estadística, de las ciencias de la información, de diversas disciplinas médicas y psiquiátricas; el aislamiento, la ciudad confinada, todo lo que se experimentaba de modo directo pareció súbitamente alterado por una lejanía de imágenes y restricciones del mundo sensible. Alrededor de la crisis cobraron forma disputas ideológicas de urgencia, se

Américo Cristófalo

Decano (FFyL, UBA)

volvieron a poner en cuestión los dogmas neoliberales que dismantelaron la salud y la educación y que empobrecieron la dimensión pública de lo común, se interrogaron las funciones de la ciencia, de las tecnologías y de la comunicación, se asistió y se asiste a un incierto escenario de angustia colectiva; se revisaron los modos en que la literatura, el arte, la filosofía, la historiografía y las ciencias sociales y pedagógicas representaron y representan motivos y relatos relacionados con la peste, con la fragilidad de lo humano y las transformaciones subjetivas en circunstancias de amenaza y peligro.

Las universidades, y la Facultad de Filosofía y Letras en particular, no estuvieron exentas de esta conmoción general. Sostener el funcionamiento de las universidades, honrando el derecho a la educación superior, implicó no solo un enorme esfuerzo de todos los claustros y actores, docentes, no docentes y estudiantes, sino además una intensidad de intercambios que obligó a reconsiderar todas nuestras prácticas, nuestros modos de comprender la universidad pública, de regular y resguardar mecanismos institucionales sustantivos en el contexto de una emergencia inesperada y de una coyuntura perturbadora. Dedicamos este número de la revista *Espacios* a una reflexión abierta sobre este tiempo, un conjunto de perspectivas y abordajes de la crisis con un criterio de horizontalidad de las voces, conscientes del inevitable rasgo provisorio de las consideraciones y contenidos críticos que se enuncian en torno a lo que no ha terminado de definir su forma y que se presenta bajo el signo de la incertidumbre, del inacabamiento. La vieja metáfora hegeliana “el búho de Minerva solo levanta vuelo al anochecer”, vale en esta ocasión para subrayar ese matiz incierto de un hecho que está aún en curso; pero este *Espacios* quiere también indicar la vitalidad política, académica y cultural de la Facultad, de las disciplinas que la integran y de la comunidad que la sostiene incluso en condiciones de extrema dificultad.